

ANTÍGONA

PERSONAJES

- 1-ANTÍGONA, *hija de Edipo.*
- 2 -ISMENE, *hija de Edipo.*
- 3-CREONTE, *rey, tío de Antígona e Ismene.*
- 4-EURÍDICE, *reina, esposa de Creonte.*
- 5-HEMÓN, *hijo de Creonte.*
- 6-TIRESIAS, *adivino, anciano y ciego.*
- 7- GUARDIÁN.
- 8- MENSAJERO
- 9-MENSAJERO 2ª
- 10-CORIFEO
- 11 a 24-CORO de ciudadanos de Tebas

- 25 y 26-SOLDADOS, *escolta de Creonte*
- 27- MANTOO, *hija y lazarillo de Tiresias*
- 28-SIRVIENTA *de Eurídice*

La escena, frente al palacio real de Tebas con escalinata. Al fondo, la montaña.

Cruza la escena Antígona, para entrar en palacio. Al cabo de unos instantes, vuelve a salir, llevando del brazo a su hermana Ismene, a la que hace bajar las escaleras y aparta de palacio.

ANTÍGONA: Hermana de mi misma sangre, Ismene querida, tú que conoces las desgracias de la casa de Edipo, ¿sabes de alguna de ellas que Zeus no haya cumplido después de nacer nosotras dos? Y además,, ¿qué sabes de este edicto que al parecer Creonte acaba de imponer a todos los ciudadanos? ¿Te has enterado ya o no sabes los males inminentes que amenazan a nuestros seres queridos?

ISMENE: No, Antígona, a mí no me ha llegado noticia algunas de seres queridos, ni dulce ni dolorosa, desde que nos vimos las dos privadas de nuestros dos hermanos, fallecidos en un solo día. Después de partir el ejército argivo, esta misma noche, no sé ya nada que pueda hacerme ni más feliz ni más desgraciada.

ANTÍGONA: No me cabía duda, y por eso te traje aquí, para que me escucharas, tú sola.

ISMENE: ¿Qué pasa? Se ve que lo que vas a decirme te entristece.

ANTÍGONA: Y, ¿cómo no? ¿No ha juzgado Creonte digno de honores sepulcrales a uno de nuestros hermanos, y al otro tiene en cambio deshonorado? Es lo que dicen: a Eteocles le ha parecido justo tributarle las justas, honras fúnebres, y le ha hecho enterrar de forma que en honor le reciban los muertos, bajo tierra. El pobre cadáver de Polinices, en cambio, ha prohibido que se le dé sepultura, que alguien le llore, incluso. Dejarle allí, sin duelo, insepulto, dulce tesoro a merced de las aves. Y esto es, dicen, lo que Creonte tiene decretado, también para ti y para mí. Viene hacia aquí, para anunciarlo con toda claridad a los que no lo saben, todavía; que el que transgreda alguna de estas órdenes será reo de muerte, públicamente lapidado en la ciudad. Ya no te queda sino mostrar si haces honor a tu linaje o si eres indigna de tus ilustres antepasados.

ISMENE: No seas atrevida: si las cosas están así, haga yo lo que haga ¿qué podría ganarse?

ANTÍGONA: ¿Puedo contar con tu esfuerzo, con tu ayuda? Piénsalo.

ISMENE: ¿Qué tramas? ¿Adónde va tu pensamiento?

ANTÍGONA: Quiero saber si vas a ayudarme a enterrar al muerto.

ISMENE: Pero, ¿es que piensas darle sepultura, sabiendo que se ha prohibido públicamente?

ANTÍGONA: Es mi hermano –y también tuyo, aunque tú no lo quieras–; cuando me apresen, nadie podrá llamarme traidora.

ISMENE: ¡Y contra lo ordenado por Creonte, insensata?

ANTÍGONA: Él no tiene potestad para apartarme de los míos.

ISMENE: Ay, reflexiona, hermana, piensa: nuestro padre, cómo murió, aborrecido; deshonorado, después de cegarse él mismo sus dos ojos, enfrentado a faltas que él mismo tuvo que descubrir. Y después, su madre y esposa, puso fin a su vida en infame, entrelazada soga. En tercer lugar, nuestros dos hermanos, en un solo

día, consuman, desgraciados, su destino, el uno por mano del otro asesinados. Y ahora, que nosotras dos hemos quedado solas, piensa qué ignominioso fin tendremos si violamos lo prescrito y transgredimos el poder de los que mandan. No; hay que aceptar los hechos: que somos dos mujeres, incapaces de luchar contra hombres; y que tienen el poder los que dan órdenes, y hay que obedecerlas. Yo, con todo, pido a los que yacen bajo tierra su perdón, porque actúo a la fuerza, pero pienso obedecer a las autoridades: esforzarse en no obrar como todos carece por completo de sentido.

ANTÍGONA: Aunque ahora quisieras ayudarme, ya no te lo pediría: tu ayuda no sería de mi agrado; en fin, reflexiona sobre tus convicciones: yo voy a enterrarle y, habiendo yo obrado bien, que venga la muerte; yaceré con él; mi conducta debe agrandar por más tiempo a los de abajo que a los de aquí, pues mi descanso entre ellos ha de durar siempre. En cuanto a ti, si eso es lo que crees, deshonra lo que los dioses honran.

ISMENE: Yo no quiero hacer nada deshonroso, pero me faltan fuerzas para desafiar a los ciudadanos.

ANTÍGONA: Bien, tú te escudas en este pretexto, pero yo me voy a cubrir de tierra a mi hermano amadísimo hasta darle sepultura.

ISMENE: ¡Ay, desgraciada, cómo temo por ti !

ANTÍGONA: No, por mí no tiembles.

ISMENE: Al menos, el proyecto que tienes, no se lo confíes a nadie de antemano; guárdalo en secreto que yo te ayudaré en esto.

ANTÍGONA: ¡Ay, no, no: grítalo! Mucho más te aborreceré si callas, si no lo pregonas a todo el mundo.

ISMENE: Caliente corazón tienes, hasta en cosas que hielan.

ANTÍGONA: Sabe, sin embargo, que así agrado a los que más debo complacer.

ISMENE: Sí, si algo lograses... Pero no tiene salida tu deseo.

ANTÍGONA: Puede, pero no cejaré en mi empeño mientras tenga fuerzas.

ISMENE: No hay que pretender metas imposibles.

ANTÍGONA: Si continúas hablando en ese tono, tendrás mi odio y el odio también del muerto, con justicia. Venga, déjanos a mí y a mi funesta resolución, que corramos este riesgo, convencida como estoy de que ninguno puede ser tan grave como morir de modo innoble.

ISMENE: Ve, pues, si es lo que crees; al ir demuestras que estás sin juicio, pero también que eres amiga de verdad para tus amigos.

Sale Ismene hacia el palacio; desaparece Antígona en dirección a la montaña. Hasta la entrada del coro, queda la escena vacía unos instantes.

CORO: – *Rayo de sol, párpado de la dorada mañana.....(canto)*

Rayo de sol, párpado de la dorada mañana;

**Ya has esparcido tus reflejos sobre la fuente cristalina de Dirce.
Con rápida brida has hecho correr ante ti
al hombre venido de Argos;**

Polinices , que se levantó contra nuestra tierra tebana.

**Sediento de sangre , en torno a las siete puertas,
violento, sobre los techos de nuestras casas volaba.**

Pero hoy ha perecido derrotado.

Y con él , Eteocles, su hermano, caído también en lucha fratricida

Sale del palacio, con séquito, Creonte.

CORIFEO: Pero he aquí al rey de esta tierra, Creonte, hijo de Meneceo, ¿Con qué intención nos habrá reunido?

CREONTE: . . Es imposible conocer el ánimo, las opiniones y principios de cualquier hombre que no se haya enfrentado a la experiencia del gobierno y de la legislación ,Pues bien, estas son las órdenes que hoy he mandando pregonar a los ciudadanos sobre los hijos de Edipo: a Etéocles, que luchando en favor de la ciudad ,ha sucumbido por ella , que se le entierre en una tumba y que se le ofrezcan los sacrificios que se dirigen a los más ilustres muertos, bajo tierra; pero a su hermano, a Polinices , que, exiliado, a su vuelta quiso por el fuego arrasarlo por completo la tierra patria y los dioses de la ciudad, , he ordenado que no se le honre, ni con tumba ni con lágrimas; dejarle insepulto, presa expuesta al azar de las aves y los perros,. Tal es mi decisión: nunca tendrán los criminales el honor que corresponde a los ciudadanos justos; por mi parte tendrá honores quienquiera que cumpla con el Estado, tanto en muerte como en vida.

CORIFEO: Hijo de Meneceo, obrar así con el amigo y con el enemigo de la ciudad, éste es tu deseo, y puedes hacer uso de la ley como quieras, sobre los muertos y sobre los que vivimos todavía.

CREONTE: Y ahora, pues, como guardianes de las órdenes dadas...os repito que no tengáis compasión con cualquier que no cumpla mis mandatos

CORIFEO: Nadie hay tan loco que desee la muerte.

CREONTE: Pues esa, justamente, es la paga: que muchos hombres se han perdido, por afán de lucro.

Del monte viene un soldado, uno de los guardianes del cadáver de Polinices. Sorprende a Creonte cuando estaba subiendo ya las escaleras del palacio. Se detiene al advertir su llegada.

GUARDIÁN: Señor, aquí estoy, que, aunque nada podré explicarte, hablaré al menos; varias veces he estado tentado de darme la vuelta en mitad del camino y el caso es que he venido con la esperanza de que no puede pasarme nada que no sea mi destino.

CREONTE: Pero, veamos: ¿qué razón hay para que estés tan desanimado?

GUARDIÁN: En primer lugar, te explicaré mi situación: yo ni lo hice ni vi a quien lo hizo ni sería justo que cayera en desgracia por ello.

CREONTE: Buen cuidado pones en andarte con rodeos, atento a no ir directo al asunto. Evidentemente, vas a hacernos saber algo nuevo.

GUARDIÁN: Es que las malas noticias suelen hacer que uno se retarde.

CREONTE: Habla, de una vez: acaba, y luego vete.

GUARDIÁN: Ya hablo, señor: vino alguien que enterró al muerto, hace poco: echó sobre su cuerpo árido polvo y cumplió los ritos necesarios.

CREONTE: ¿Qué dices? ¿Qué hombre pudo haber, tan osado?

GUARDIÁN: No sé, sino que allí no había señal que delatara, ni golpe de pico, ni surco de azada; estaba el suelo intacto, duro y seco, y no había roderas de carro. Cuando nos lo mostró el centinela del primer turno de la mañana, todos tuvimos una desagradable sorpresa: el cadáver había desaparecido, no enterrado, no, pero con una leve capa de polvo encima, obra como de alguien que quisiera evitar una ofensa a los dioses... Tampoco se veía señal alguna de fiera ni de perro que se hubiera acercado al cadáver, y menos que lo hubiera desgarrado. Sospechábamos todos de todos y estábamos dispuestos a jurar por los dioses que no habíamos hecho aquello y que no conocíamos ni al que lo planeó ni al que lo hizo.

Por fin, visto que, de tanta investigación, nada sacábamos, habló uno de nosotros y decidimos hacer lo que propuso: que era necesario informarte a ti de lo ocurrido. Esta opción prevaleció, y a mí, desgraciado, tiene que tocarme la mala suerte y he de cargar con la encomienda y aquí estoy, no por mi voluntad y tampoco porque queráis vosotros, ya lo sé, que no hay quien quiera a un mensajero que trae malas noticias.

CORIFEO: *(A Creonte)* Señor, a mí hace ya rato que me ronda la idea de si en esto no estará la mano de los dioses.

CREONTE: *(Al coro)* Basta, antes de hacerme rebosar en ira, porque en verdad que lo que dices no es soportable, que digas que las divinidades se preocupan en algo de este muerto. ¿Cómo iban a enterrarle, a él, que vino a quemar las columnatas de sus templos, a arruinar la tierra y las leyes a ellos confiadas? ¿Cuándo viste que los dioses honraran a los malvados? No puede ser. Respecto a mis órdenes, gente hay en la ciudad que las lleva mal y que en secreto hace ya tiempo contra mí murmuran y agitan su cabeza, incapaces de mantener su cuello bajo el yugo, como es justo, porque no las soportan; y estoy convencido, éstos se han dejado corromper por unas cuantas monedas y han llevado a cabo esta acción execrable, porque entre los hombres, nada, ninguna institución ha prosperado nunca tan funesta como el dinero; el destruye las ciudades, el saca a los hombres de su patria; el se encarga de perder a hombres de buenos principios, de enseñarles a fondo a instalarse en la vileza; hace a los hombres igualmente dispuestos para el bien y para el mal y les hace conocer la impiedad, que a todo se atreve. *(Al guardián)* Pero, que sepas bien esto: si no encontráis al que con sus propias manos hizo esta sepultura, si no aparece ante mis propios ojos,

para vosotros no va a bastar solo con el Hades, sino que antes, vivos, os voy a colgar hasta que confeséis vuestra desmesurada acción, para que aprendáis de dónde se saca el dinero y de allí lo saquéis en lo futuro; ya veréis como no se puede ser amigo de un lucro venido de cualquier parte. .

GUARDIÁN: ¿Puedo decir algo o me doy media vuelta, así, y me marcho?

CREONTE: Pero, ¿todavía no sabes que tus palabras me molestan?

GUARDIÁN: Mis palabras, ¿te muerden el oído o en el alma?

CREONTE: ¿A qué viene ponerte a detectar con precisión en qué lugar me duele?

GUARDIÁN: Porque el que te hiere el alma es el culpable; yo te hiero los oídos.

CREONTE: ¡Ah, está claro que tú naciste charlatán!

GUARDIÁN: Puede, pero lo que es este crimen no lo hice.

CREONTE: Y un charlatán que, además, ha vendido su alma por dinero.

GUARDIÁN: Ay, si es terrible, que uno tenga sospechas y que sus sospechas sean falsas.

CREONTE: Si no aparecen los culpables, bastante pregonaréis con vuestros gritos el triste resultado de ganancias miserables.

Creonte y su séquito se retiran. En las escaleras pueden oír las palabras del guardián.

GUARDIÁN: ¡Que encuentren al culpable, tanto mejor! Pero, tanto si lo encuentran como si no –que en esto decidirá el azar–, no hay peligro, no, de que me veas venir otra vez a tu encuentro. Y ahora que me veo salvado contra toda esperanza, contra lo que pensé, me siento obligadísimo para con los dioses.

CORO: – *Muchas cosas hay portentosas pero ninguna tan portentosa como el hombre...(canto)*

El hombre que surca la mar espumosa

a impulsos del viento;

El hombre que esquilma la tierra incansable

a golpes de arado;

El hombre que atrapa las aves aladas,

las bestias salvajes, los peces del mar

con sus mallas y redes...

Con la inteligencia somete a las fieras del monte,

al caballo de crines y al toro campero

que dócil acepta su yugo.

En su propio provecho ha logrado aprender la palabra,
raciocinio veloz como el viento
y el afán de regir las ciudades.

El hombre, capaz de soportarlo todo,
lo de hoy, lo de ayer , lo de mañana....

Sólo la muerte no ha conseguido evitar
por más que se defienda de las enfermedades.

El hombre , que posee hasta límites extremos
poderes y recursos,
hoy los emplea bien; mañana, mal.
Y transgrede las leyes de la patria
y el sagrado juramento de los dioses.
Indigno de vivir en sociedad,
aquél que en desempeño de su cargo
observe una conducta deshonesta;
Jamás será mi huésped ni mi amigo;
Que se quede sin casa y sin ciudad !

Entra el guardián de antes llevando a Antígona.

CORIFEO: *(Al advertir la presencia de Antígona)* Pero, si la reconozco, ¿cómo puedo negar que esta es la joven Antígona? Ay, desdichada, hija de un padre desdichado, Edipo, ¿Qué es esto? ¿Te traen acaso porque no obedeciste lo legislado por el rey? ¿Te detuvieron atreviéndote a hacer una locura?

GUARDIÁN: Sí, ella, ella es la que lo hizo: la cogimos cuando lo estaba enterrando... Pero, Creonte, ¿dónde está?

Al oír los gritos del guardián, Creonte, recién entrado, vuelve a salir con su séquito.

CORIFEO: Aquí: ahora vuelve a salir, en el momento justo, de palacio.

CREONTE: ¿Qué sucede? ¿Qué hace tan oportuna mi llegada?

GUARDIÁN: Señor, he aquí que he venido —a pesar de haberme comprometido a no venir con juramento— para traerte a esta muchacha que ha sido hallada componiendo una tumba. Y ahora no vengo porque se haya echado a suertes, no, sino porque este hallazgo feliz me corresponde a mí y no a ningún otro. Y ahora, señor, tú mismo, la coges y ya puedes investigar y preguntarle; en cuanto a mí, ya puedo liberarme de este peligro: soy libre.

CREONTE: Pero, ésta que me traes, ¿de qué modo y dónde la apresasteis?

GUARDIÁN: Estaba enterrando al muerto: ya lo sabes todo.

CREONTE: ¿Te das cuenta? ¿Entiendes cabalmente lo que dices?

GUARDIÁN: Sí, que yo la vi a ella enterrando al muerto que tú habías dicho que quedase insepulto: ¿o es que no es evidente y claro lo que digo?

CREONTE: ¿Y cómo fue que la sorprendierais y cogierais en pleno delito?

GUARDIÁN: Fue así la cosa: cuando volvimos a la guardia, bajo el peso terrible de tus amenazas, después de barrer todo el polvo que cubría el cadáver, nos sentamos al abrigo del viento, evitando que al soplar desde lo alto de las peñas nos enviara el hedor que despedía. Los unos a los otros con injuriosas palabras nos manteníamos despiertos y atentos por si alguien descuidaba la fatigosa vigilancia. Esto duró bastante tiempo, hasta que alumbró el sol de mediodía; entonces, de pronto, un torbellino suscitó del suelo tempestad de polvo que llenó la llanura, desfigurando las copas de los árboles del llano; sufrimos aquel mal que los dioses mandaban con los ojos cerrados, y cuando luego, después de largo tiempo, se aclaró, vimos a esta doncella que gemía agudamente. Así, ella, al ver el cadáver desvalido, estaba gimiendo y llorando y maldecía a los autores de aquello. Veloz en las manos lleva árido polvo, y de un recipiente de bronce vierte una triple libación, ofrenda para el muerto; nosotros, al verla, presurosos la apresamos, enseguida. Ella, allí de pie, nada ha negado; y a mí me alegra a la vez y me da pena, que cosa placentera es huir uno mismo de males, pero penoso es llevar al sufrimiento a gente amiga.

CREONTE: *(A Antígona)* Y tú, tú que inclinas al suelo tu rostro, ¿confirmas o desmientes haber hecho esto?

ANTÍGONA: Lo confirmo, sí; yo lo hice, y no lo niego.

CREONTE: *(Al guardián)* Tú puedes irte a donde quieras, libre ya del peso de mi inculpación.

Sale el guardián.

Pero tú *(A Antígona)* dime brevemente; ¿sabías que estaba decretado no hacer esto?

ANTÍGONA: Sí, lo sabía, ¿cómo no iba a saberlo? Todo el mundo lo sabe.

CREONTE: Y, así y todo, ¿te atreviste a pasar por encima de la ley?

ANTÍGONA: No era Zeus quien me la había decretado; ni Dike la Justicia, compañera de los dioses subterráneos, perfiló nunca entre los hombres leyes de este tipo. Y no creía yo que tus decretos tuvieran tanta fuerza como para permitir que sólo un hombre pueda saltar por encima de las leyes no escritas, inmutables, de los dioses: su vigencia no es de hoy ni de ayer, sino de siempre, y nadie sabe cuándo aparecieron. No iba yo a atraerme el castigo de los dioses por temor a lo que pudiera pensar alguien: ya veía, ya, mi muerte –¿cómo no?–, aunque tú no hubieses decretado nada; y, si muero antes de tiempo, yo digo que es ganancia: pues el que, como yo, entre tantos males vive, ¿no sale acaso ganando con su muerte? , No es desgracia, para mí, tener este destino; y en cambio, si el cadáver de un hijo de mi madre estuviera insepulto y yo lo aguantara, entonces, eso sí me sería doloroso; lo otro, en cambio, no me causa dolor: puede que a ti te parezca que obré como una loca, pero, poco más o menos, es a un loco a quien doy cuenta de mi locura.

CORIFEO: Muestra la joven fiera audacia, hija de un padre fiero: no sabe ceder al infortunio.

CREONTE: *(Al coro)* Sí, pero sepas que los más inflexibles pensamientos son los más prestos a caer: y el hierro que, una vez cocido, el fuego hace fortísimo y muy duro, a menudo verás cómo se resquebraja, lleno de hendiduras; sé de fogosos caballos que una pequeña brida ha domado.

Ella se daba perfecta cuenta, al transgredir las leyes establecidas; y, después de hacerlo, otra nueva arrogancia: ufanarse y mostrar alegría por haberlo hecho. En verdad que el hombre no soy yo, que el hombre es ella, si ante esto no siente el peso de la autoridad; pero, por muy de sangre de mi hermana que sea, aunque sea más de mi sangre que todo el Zeus que preside mi hogar, ni ella ni su hermana podrán escapar de muerte infamante, porque a su hermana también la acuso de haber tenido parte en la decisión de sepultarle. *(A los esclavos)* Llamadla. *(Al coro)* Sí, la he visto dentro hace poco, fuera de sí, incapaz de dominar su razón. Pero, sobre todo, mi odio es para la que, cogida en pleno delito, quiere después darle tintes de belleza.

ANTÍGONA: Ya me tienes: ¿buscas aún algo más que mi muerte?

CREONTE: Por mi parte, nada más; con tener esto, lo tengo ya todo.

ANTÍGONA: ¿Qué esperas, pues? A mí, tus palabras ni me agradan ni podrían nunca llegar a complacerme; y las mías también a ti te son desagradables. De todos modos, ¿cómo podía alcanzar más gloriosa gloria que enterrando a mi hermano? Todos estos te dirían que aprueban mi acción, si el miedo no les tuviera cerrada la boca; pero la tiranía tiene, entre otras muchas ventajas, la de poder hacer y decir lo que al tirano le venga en gana.

CREONTE: De entre todos los cadmeos, este punto de vista es solo tuyo.

ANTÍGONA: Que no, que es el de todos, pero ante ti cierran la boca.

CREONTE: ¿Y a ti no te avergüenza, pensar distinto a ellos?

ANTÍGONA: Nada hay vergonzoso en honrar a los hermanos.

CREONTE: ¿Y no era acaso tu hermano el que murió frente a él?

ANTÍGONA: Mi hermano era, del mismo padre y de la misma madre.

CREONTE: Y, siendo así, ¿cómo tributas al uno honores impíos para el otro?

ANTÍGONA: No sería ésta la opinión del muerto.

CREONTE: Si tú le honras igual que al impío...

ANTÍGONA: Cuando murió no era su esclavo, era su hermano.

CREONTE: Que había venido a arrasar el país; y el otro se opuso en su defensa.

ANTÍGONA: Con todo, Hades requiere leyes igualitarias.

CREONTE: Pero no que el que obró bien tenga la misma suerte que el que obró mal.

ANTÍGONA: ¿Quién sabe si allí abajo mi acción es elogiada?

CREONTE: No, en verdad no, que un enemigo, ni muerto, será jamás mi amigo.

ANTÍGONA: No nací para compartir odio, sino amor.

CREONTE: Pues márchate al Hades y, si te quedan ganas de amar, ama a los muertos que, a mí, mientras viva, no ha de mandarme a una mujer.

Se acerca Ismene entre dos esclavos.

CORIFEO: He aquí a Ismene; vierte lágrimas de amor por su hermana; una nube sobre sus cejas y su sonrosado rostro afea sus bellas mejillas, bañadas en llanto

CREONTE: *(A Ismene)* Y tú, que te movías por palacio en silencio, como una víbora, apurando mi sangre...Venga, habla: ¿vas a decirme, también tú, que tuviste tu parte en lo de la tumba, o jurarás no saber nada?

ISMENE: Si ella está de acuerdo, yo lo he hecho: acepto mi responsabilidad; con ella cargo.

ANTÍGONA: No, que no te lo permite la justicia; ni tú quisiste ni te di yo parte en ello.

ISMENE: Pero, ante tu desgracia, no me avergüenza ser tu socorro en el remo, por el mar de tu dolor.

ANTÍGONA: Hades y los de allí abajo saben bien quién lo hizo; por mi parte, no soporto que sea mi amiga quien lo es tan sólo de palabra.

ISMENE: No, hermana, no me niegues el honor de morir contigo y el de haberte ayudado a cumplir los ritos debidos al muerto.

ANTÍGONA: No quiero que mueras conmigo ni que hagas tuyo algo en lo que no tuviste parte: ya basta con mi muerte.

ISMENE: ¿Y cómo podré vivir si tú me dejas?

ANTÍGONA: Pregúntale a Creonte, ya que tanto te preocupas por él.

ISMENE: ¿Por qué me hieres así, sin sacar nada con ello?

ANTÍGONA: Aunque me ría de ti, en realidad te compadezco.

ISMENE: Y yo, ahora, ¿en qué otra cosa podría serte útil?

ANTÍGONA: Sálvate, yo no he de envidiarte si te salvas.

ISMENE: ¡Ay de mí, desgraciada, y no poder acompañarte en tu destino!

ANTÍGONA: Tú escogiste vivir, y yo la muerte.

ISMENE: Pero no sin que mis palabras, al menos, te advirtieran.

ANTÍGONA: Para unos, tú tenías razón...; yo para otros.

ISMENE: Pero las dos ahora hemos faltado igualmente.

ANTÍGONA: Ánimo, deja eso ya; a ti te toca vivir; en cuanto a mí, mi vida se acabó hace tiempo por salir en ayuda de los muertos.

CREONTE: *(Al coro)* De estas dos muchachas, la una os digo que acaba de enloquecer y la otra que está loca desde que nació.

ISMENE: Es que la razón, señor, aunque haya dado en uno sus frutos, no se queda, no, cuando agobia la desgracia, sino que se va.

CREONTE: La tuya, al menos, que escogiste obrar mal juntándote con malvados.

ISMENE: ¿Qué va a ser de mi vida, ya, sin ella?

CREONTE: No, no digas ni "ella", porque ella ya no existe.

ISMENE: Pero, ¿cómo?, ¿matarás a la novia de tu hijo?

CREONTE: No ha de faltarle tierra que pueda cultivar.

ISMENE: Pero esto es faltar a lo acordado entre él y ella.

CREONTE: No quiero yo malas mujeres para mis hijos.

ANTÍGONA: ¡Ay, Hemón querido! Tu padre te falta al respeto.

CREONTE: Demasiado molestas, tú y tus bodas.

CORIFEYO: Así pues, ¿piensas privar de Antígona a tu hijo?

CREONTE: Hades pondrá fin a estas bodas.

CORIFEYO: Parece, pues, cosa resuelta que ella muera.

CREONTE: Te lo parece a ti, también a mí. Vamos, no más demora; llevadlas dentro, esclavos; no conviene que estas mujeres anden sueltas

Los guardias que acompañaban a Creonte acompañan a Antígona e Ismene dentro del palacio. Entra también Creonte.

CORO: –*Intermezzo lírico*

Sale Creonte de Palacio. Aparece Hemón a lo lejos.

CORIFEO: *(A Creonte)* Pero he aquí a Hemón, el más joven de tus hijos: ¿viene acaso dolorido por la suerte de Antígona, su prometida, muy triste al ver frustrada su boda?

CREONTE: Al punto lo sabremos, con más seguridad que los adivinos. *(A Hemón)* Hijo mío, ¿vienes aquí porque has oído mi última decisión sobre la doncella que a punto estabas de desposar y quieres mostrar tu furia contra tu padre?

HEMÓN: Padre, tuyo soy, y tú muy rectamente me encaminas con tus benévolos consejos que siempre he de seguir; ninguna boda puede ser para mí tan estimable que la prefiera a tu buen gobierno.

CREONTE: Y así, hijo mío, has de guardar esto en el pecho: en todo estar tras la opinión paterna; No, hijo, no dejes que se te nuble la mente a causa de una mujer; sabe que compartir el lecho con una mala mujer, tenerla en casa, esto son abrazos que hielan... Porque, ¿qué puede herir más que un mal hijo? No, despréciala como si se tratara de algo odioso, déjala; que se vaya al Hades a encontrar otro novio. Y pues que yo la hallé, sola a ella, de entre toda la ciudad, desobedeciendo, no voy a permitir que mis órdenes parezcan falsas a los ciudadanos; he de matarla. Porque si alimento el desorden entre los de mi sangre, esto constituye una mala pauta para los extraños. A quien la ciudad ha instituido como jefe, a éste hay que oírle, diga cosas absurdas, ejemplares o todo lo contrario. No hay desgracia mayor que la anarquía: ella destruye las ciudades, conmociona y revuelve las familias; en el combate, rompe las lanzas y promueve las derrotas. En el lado de los vencedores, es la disciplina lo que salva a muchos. Así pues, ante todo hemos de mantener el orden, y, en todo caso, nunca dejar que una mujer nos venza; es preferible —si ha de llegar el caso— caer ante un hombre: que no puedan echarnos en cara ser más débiles que mujeres.

CORIFEO: Nosotros entendemos que es muy sensato lo que dices.

HEMÓN: Padre, el más sublime don que de todas cuantas riquezas existen dan los dioses al hombre es la prudencia. Yo no podría ni sabría explicar por qué tus razones no son del todo rectas; Tú no has podido constatar lo que por Tebas se dice, lo que se hace o se reprocha. Tu rostro impone respeto al hombre de la calle; sobre todo si ha de dirigirse a ti con palabras que no te daría gusto escuchar. A mí, en cambio, me es posible oírlos, en la sombra, y son: que la ciudad se lamenta por la suerte de esta joven que va a morir de mala muerte, como la más innoble de todas las mujeres, por obras que ha cumplido bien gloriosas. Habría que honrarla y no que castigarla. Esta es la oscura petición que en silencio va propagándose.

Padre, para mí no hay bien máspreciado que tu felicidad. No te habitúes a pensar de una manera única, absoluta, que lo que tú dices —y no otra cosa— eso es lo cierto.

Para un hombre, al menos si es prudente, no es nada vergonzoso ni aprender mucho ni no mostrarse en exceso intransigente; mira, en invierno, a la orilla de los torrentes acrecentados por la lluvia invernal, cuántos árboles ceden, para salvar su ramaje; en cambio, el que se opone sin ceder, éste acaba desguajado. Por tanto, no extremes tu rigor y admite un cambio.

CORIFEO: Lo que ha dicho a propósito, señor, conviene que lo aprendas. *(A Hemón)* Y tú igual de él; por ambas partes bien se ha hablado.

CREONTE: Si, encima, los de mi edad vamos a tener que aprender a pensar según el natural de jóvenes de la edad de éste.

HEMÓN: No, en lo que no sea justo. Pero, si es cierto que soy joven, también lo es que conviene fijarse más en los actos que en la edad.

CREONTE: ¡Valiente acto, honrar a los transgresores del orden!

HEMÓN: En todo caso, nunca dije que se debiera honrar a los malvados.

CREONTE: ¿Ah no? ¿Acaso no es de maldad que está ella enferma?

HEMÓN: No es eso lo que dicen sus compatriotas tebanos.

CREONTE: Pero, ¿es que me van a decir los ciudadanos lo que he de mandar?

HEMÓN: ¿No ves que hablas como un joven inexperto?

CREONTE: ¿He de gobernar esta tierra según otros o según mi parecer?

HEMÓN: No puede, una ciudad, ser solamente de un hombre.

CREONTE: La ciudad, pues, ¿no ha de ser de quien la manda?

HEMÓN: A ti, lo que te iría bien es gobernar, tú solo, una tierra desierta.

CREONTE: *(Al coro)* Está claro: se pone del lado de la mujer.

HEMÓN: Sí, si tú eres mujer, pues por ti miro.

CREONTE: ¡Ay, miserable, y que oses procesar a tu padre!

HEMÓN: Porque no quiero dar por justos tus errores.

CREONTE: ¿Es, pues, un error que obre de acuerdo con mi mando?

HEMÓN: Sí, porque lo injurias, pisoteando el honor debido a los dioses.

CREONTE: ¡Infame, y detrás de una mujer!

HEMÓN: Quizá, pero no podrás decir que me cogiste cediendo a infamias.

CREONTE: En todo caso, lo que dices, todo, es a favor de ella.

HEMÓN: También a tu favor, y al mío, y a favor de los dioses subterráneos.

CREONTE: Pues nunca te casarás con ella, al menos viva.

HEMÓN: Sí, morirá, pero su muerte ha de ser la ruina de alguien.

CREONTE: ¿Con amenazas me vienes ahora, atrevido?

HEMÓN: Razonar contra argumentos vacíos; en ello, ¿qué amenaza puede haber?

CREONTE: Querer enjuiciarme ha de costarte lágrimas: tú, que tienes vacío el juicio.

HEMÓN: Si no fueras mi padre, diría que eres tú el que no tiene juicio.

CREONTE: No me fatigues más con tus palabras, tú, juguete de una mujer.

HEMÓN: Hablar y hablar, y sin oír a nadie: ¿es esto lo que quieres?

CREONTE: Con que sí, ¿eh? Por Zeus, entérate de que no añadirás a tu alegría el insultarme, después de tus reproches. *(A unos esclavos)* Traedme a aquella odiosa mujer para que aquí y al punto, muera a la vista de su novio

HEMÓN: Eso sí que no: en mi presencia; ni se te ocurra pensarlo, que ni ella morirá a mi lado ni tú podrás nunca más, con tus ojos, ver mi rostro ante ti.

Sale Hemón, corriendo.

CORIFEO: El joven se ha ido bruscamente, señor, lleno de cólera, y el dolor enturbia mentes tan jóvenes.

CREONTE: Que se vaya y se crea más que un hombre; lo cierto es que a estas dos muchachas no las separará de su destino.

CORIFEO: ¿Cómo? Así pues, ¿piensas matarlas a las dos?

CREONTE: No a la que no tuvo parte, llevas razón

CORIFEO: Y, a Antígona, ¿qué clase de muerte piensas darle?

CREONTE: La llevaré a un lugar que no conozca la pisada del hombre y, viva, la enterraré en una cueva subterránea de piedra, poniéndole la comida, solo la que baste para la expiación, a fin de que la ciudad quede sin mancha de sangre. Y allí, que vaya con súplicas a Hades, el único dios que venera: quizá logre salvarse de la muerte. O quizás, aunque sea entonces, pueda darse cuenta de que es trabajo superfluo, respetar a un muerto.

Entra Creonte en palacio.

CORO: *—Amor invencible en la batalla.....(canto)*

Amor invencible en la batalla

**Amor, que pasas las noches en las tiernas mejillas de una joven,
y frecuentas los mares y rústicas cabañas;**

Nadie puede escapar de ti, ni aún los dioses inmortales.

**Ni tampoco ningún hombre que habita la tierra,
porque tenerte a ti, enloquece.**

Tú vuelves injustos a los justos

y los lanzas a la ruina.

Vence el encanto que brilla

en los ojos de la joven al lecho prometida...

porque tenerte a ti, enloquece.

Va haciendo su juego, tramposa, la divina Afrodita

CORIFEO: Y ahora ya hasta yo me siento arrastrada a rebelarme contra leyes sagradas, al ver esto, y ya no

puedo detener un manantial de lágrimas cuando la veo a ella, a Antígona, que a su tálamo va, pero de muerte.

Aparece Antígona entre dos esclavos de Creonte, con las manos atadas a la espalda.

ANTÍGONA: Miradme, ciudadanos de la tierra paterna, que mi último camino recorro, que el esplendor del sol por última vez miro: ya nunca más; Hades, que todo lo adormece, viva me recibe en la ribera del Aqueronte, sin haber tenido mi parte en himeneos, sin que me haya celebrado ningún himno a la puerta nupcial... No. Con Aqueronte, voy a casarme.

. ¡Ay de mí, desgraciada! ¡Ay, patria! ¡Ay, los valientes varones de mi patria! ¡Ay, fuentes de Diros! ¡Ay, recinto sagrado de Tebas, rica en carros! También a vosotros os tomo como testigos de cómo muero sin que me acompañe el duelo de mis amigos, de por qué leyes voy a un túmulo de piedras que me encierre, tumba hasta hoy nunca vista. Ay de mí, desdichada, que, muerta, no podré vivir ni entre los vivos, ni entre los muertos.

: Ay, hado de mi padre, tres veces renovado como la tierra tres veces arada; el destino de nuestro linaje todo, de los ínclitos Labdácidas. ¡Ay, ceguera del lecho de mi madre, matrimonio de mi madre desgraciada con mi padre que ella misma había parido! De tales padres yo, infortunada, he nacido. Y ahora voy, maldecida, sin casar, a compartir en otros sitios su morada. ¡Ay, hermano, qué desgraciadas bodas obtuviste: tú, muerto, mi vida arruinaste hasta la muerte!

Sin que nadie me llore, sin amigos, sin himeneo, desgraciada, me llevan por camino ineludible. Ya no podré ver, infortunada, este rostro sagrado del sol, nunca más. Y mi destino quedará sin llorar, sin un amigo que gima.

.
¡Ay, tumba! ¡Ay, lecho nupcial! ¡Ay, subterránea morada que siempre más ha de guardarme! Hacia ti van mis pasos para encontrar a los míos. De ellos, cuantioso número ha acogido ya Perséfone, todos de miserable muerte muertos: de ellas, la mía es la última y la más miserable; con todo, me alimento en la esperanza, al ir, de que me quiera mi padre cuando llegue; sea bien recibida por ti, madre, y tú me aceptes, hermano querido. Pues vuestros cadáveres, yo con mi mano los lavé, yo los arreglé y sobre vuestras tumbas hice libaciones. En cuanto a ti, Polinices, por observar el respeto debido a tu cuerpo, he aquí lo que obtuve... Las personas prudentes de Tebas no censuraron mis cuidados

¿Que en virtud de que ley digo esto? Marido, muerto el uno, otro habría podido tener, y hasta un hijo del otro nacido, de haber perdido el mío. Pero, muertos mi padre, ya, y mi madre, en el Hades los dos, no hay hermano que pueda haber nacido. Por esta ley, hermano, te honré a ti más que a nadie, pero a Creonte esto le parece mala acción y terrible atrevimiento. Y ahora me ha cogido, así, entre sus manos, y me lleva, sin boda, sin himeneo, sin haber tenido parte en esponsales, sin hijos que criar, viva camino a las tumbas de los

muertos: ¿por haber transgredido una ley divina, ¿y cual? ¿De qué puede servirme, pobre, mirar a los dioses? ¿A cual puedo llamar que me auxilie?

Los esclavos empujan a Antígona y ella cede, lentamente, mientras va hablando.

¡Oh tierra tebana, ciudad de mis padres! ¡Oh dioses de mi estirpe! Ya se me llevan, sin demora; miradme, ciudadanos principales de Tebas: a mí, a la única hija de los reyes que queda; mirad qué he de sufrir, y por obra de qué hombres. Y todo, por haber respetado la piedad.

Salen Antígona y los que la llevan.

Ciego y muy anciano, guiado por un lazarillo, aparece, corriendo casi, Tiresias.

TIRESIAS: Soberanos de Tebas, aquí llegamos dos que el común camino miramos con los ojos de sólo uno: esta forma de andar, con un guía, es, en efecto, la que cuadra a los ciegos.

CREONTE: ¿Qué hay de nuevo, anciano Tiresias?

TIRESIAS: Ya te lo explicaré, y cree lo que te diga el adivino.

CREONTE: Nunca me aparté de tu consejo, hasta hoy al menos.

TIRESIAS: Por ello rectamente has dirigido la nave del estado.

CREONTE: Mi experiencia puede atestiguar que tu ayuda me ha sido provechosa.

TIRESIAS: Pues bien, piensa ahora que has llegado a un momento crucial de tu destino.

CREONTE: ¿Qué pasa? Tus palabras me hacen temblar.

TIRESIAS: Lo sabrás, al oír las señales que sé por mi arte;

Estaba yo sentado en el lugar en donde, desde antiguo, inspecciono las aves, y he aquí que oigo un hasta entonces nunca oído rumor de aves: frenéticos, crueles gritos ininteligibles. Me di cuenta que unos a otros, se herían con sus garras: esto fue lo que deduje de sus estrepitosas alas; al instante, amedrentado, hice una prueba sobre el ara del altar, pero Hefesto no elevaba la llama; al contrario, la grasa de los muslos caía gota a gota sobre la ceniza y se consumía, humeante y crujiente; las hieles esparcían por el aire su hedor; los muslos se quemaron, se derritió la grasa que los cubre. Todo esto –presagios nefastos, de ritos que no ofrecen señales– lo supe por este muchacho: él es mi guía, como yo lo soy de otros.

Pues bien, es el caso que la ciudad está enferma de estos males por tu voluntad, porque nuestras aras y nuestros hogares están llenos, todos, de la comida que pájaros y perros han hallado en el desgraciado hijo de Edipo caído en el combate. Y los dioses ya no aceptan las súplicas que acompañan al sacrificio.

Recapacita, pues, en todo eso, hijo. Cosa común es, sí, equivocarse, entre los hombres, pero, cuando uno yerra, hay que saber rectificar. Cede, deja en paz al muerto, no te ensañes con quien tuvo ya su fin: ¿qué

clase de proeza es rematar a un muerto? Pensando en tu bien te digo que cosa dulce es aprender de quien bien te aconseja en tu provecho.

CREONTE: Ni tan siquiera vosotros, los adivinos, dejáis de atacarme con vuestro arte: hace ya tiempo que los de tu familia me vendisteis como una mercancía. En cuanto a ti, anciano Tiresias, hasta los más hábiles hombres caen, e ignominiosa es su caída cuando en bello ropaje ocultan infames palabras para servir a su avaricia.

TIRESIAS: Ay, ¿hay algún hombre que sepa, que pueda decir...

CREONTE: ¿Qué? ¿Con qué máxima, de todas sabida, vendrás ahora?

TIRESIAS: ... en qué medida la mayor riqueza es tener juicio?

CREONTE: En la medida justa, me parece, en que el mal mayor es no tenerlo.

TIRESIAS: Y, sin embargo, tú naciste de esta enfermedad cabal enfermo.

CREONTE: No quiero responder con insultos al adivino.

TIRESIAS: Con ellas me respondes cuando dices que lo que vaticino yo no es cierto.

CREONTE: Sucede que la familia toda de los adivinos es muy amante del dinero.

TIRESIAS: Y que gusta la de los tiranos de riquezas mal ganadas.

CREONTE: ¿Te das cuenta de que lo que dices, lo dices a tus gobernantes?

TIRESIAS: Sí, me doy cuenta, porque si mantienes a salvo la ciudad, a mí lo debes.

CREONTE: Tú eres un sagaz agorero, pero te gusta la injusticia.

TIRESIAS: Me obligarás a decir lo que ni el pensamiento debe mover.

CREONTE: Pues muévelo, con tal de que no hables buscando tu interés.

TIRESIAS: Por la parte que te toca, creo que así será.

CREONTE: Bien, pero has de saber que mis decisiones no pueden comprarse.

TIRESIAS: Bien está, pero sepas tú, a tu vez, que no vas a dar muchas vueltas sin que, de tus propias entrañas, des un muerto en compensación por los muertos que tú has enviado allí abajo, desde aquí arriba, y por la vida que indecorosamente has encerrado en una tumba, mientras tienes aquí a un muerto que es de los dioses subterráneos, y al que privas de su derecho, de ofrendas y de piadosos ritos. Y ve reflexionando, a ver si hablo por dinero: dentro de no mucho tiempo, se oirán en tu casa gemidos de hombres y de mujeres, y se agitarán de enemistad las ciudades todas .

Porque me has azuzado, he aquí los dardos que te mando contra tu corazón; no podrás, no, eludir el ardiente dolor que han de causarte.

(Al muchacho que le sirve de guía) Llévame a casa, hijo, que desahogue éste su cólera contra gente más joven y que aprenda a alimentar su lengua con más calma y a pensar mejor de lo que ahora piensa.

Sale Tiresias con el lazarillo.

CORIFEO: Se ha ido, señor, dejándonos terribles vaticinios. Y sabemos que nunca ha predicho a la ciudad nada que no fuera cierto.

CREONTE: También yo lo sé y tiembla mi espíritu; porque es terrible, sí, ceder, pero también lo es resistir en un furor que acabe chocando con un castigo enviado por los dioses.

CORIFEO: Conviene que reflexiones con prudencia, hijo de Meneceo.

CREONTE: ¿Qué he de hacer? Habla, que estoy dispuesto a obedecerte.

CORIFEO: Venga, pues: saca a Antígona de su subterránea morada, y al muerto que yace abandonado levántale una tumba.

CREONTE: ¿Esto me aconsejas? ¿Debo, pues, ceder, según tú?

CORIFEO: Sí, y lo antes posible, señor. A los que se mantienen en errados pensamientos les cortan el camino los daños que mandan los dioses.

CREONTE: Ay de mí, a duras penas pero cambio de idea sobre lo que he de hacer; no hay forma de luchar contra lo que es forzoso.

CORIFEO: Ve, pues, y hazlo; no confíes en otros.

CREONTE: Vamos siervos, proveeros de palas y subid a aquel lugar que se ve allí arriba. En cuanto a mí, pues así he cambiado de opinión, lo que yo mismo até, quiero yo desatarlo ahora mismo, porque me temo que lo mejor no sea pasar toda la vida en la observancia de las leyes instituidas.

CORO: – *(Intermezzo lírico)*

MENSAJERO: Ciudadanos de Tebasj el azar levanta y el azar abate al afortunado y al desafortunado. Nadie puede hacer de adivino porque nada hay fijo para los mortales. Por ejemplo Creonte –me parece– era digno de envidia :le sonreía la fortuna . Pero su suerte ha cambiado por completo. Y de nada sirven el poder y la gloria si el gobernante pierde su felicidad

Se abre la puerta de palacio e, inadvertida por los de la escena, aparece Eurídice, esposa de Creonte, con unas doncellas.

CORIFEO: ¿Cuál es este infortunio de los reyes que vienes a traernos?

MENSAJERO: Murieron. Y los responsables de estas muertes son los vivos.

CORIFEO: ¿Quién mató y quién es el muerto? Habla.

MENSAJERO: Hemón ha perecido, y él de su propia mano ha vertido su sangre.

CORIFEO: ¿Por mano de su padre o por la suya propia?

MENSAJERO: Él mismo y por su misma mano: irritado, protesta contra el asesinato perpetrado por su padre.

Desaparecen tras la puerta Eurídice y las doncellas.

CORIFEO: ¡Oh, adivino, cuán de cabal adivino fueron tus palabras

Tras un breve silencio, reaparece Eurídice que baja hasta la mitad de la escalinata y luego se acerca hasta ellos para oír el discurso del mensajero.

CORIFEO: Pero ahora veo a la infeliz Eurídice, la esposa de Creonte, que sale de palacio, quizá para mostrar su duelo por su hijo o acaso por azar.

EURÍDICE: Algo ha llegado a mí de lo que hablabais, ciudadanos aquí reunidos, cuando estaba para salir con el deseo de hacer una súplica a la diosa Atenea; estaba justo tanteando la cerradura de la puerta, para abrirla, y me ha venido al oído el rumor de un mal para mi casa; he caído de espaldas en brazos de mis sirvientas y he quedado inconsciente. Sea la noticia la que sea, repetídmela; no estoy poco acostumbrada a las desgracias y podré soportarla con entereza

MENSAJERO: Yo estuve allí presente, venerable señora, y te diré la verdad sin omitir palabra. Yo he acompañado como guía a tu marido hacia lo alto del llano, donde yacía aún el cadáver de Polinices. Hemos hecho una súplica a la diosa de los caminos y a Hades; le hemos dado un baño purificador, hemos cogido ramas de olivo y quemado lo que de él quedaba; hemos amontonado tierra patria hasta hacerle un túmulo bien alto. Luego nos encaminamos a donde tiene la muchacha su tálamo nupcial, lecho de piedra y cueva de Hades.

Alguien ha oído ya, desde lejos, voces, agudos lamentos, en torno a la tumba, y se acerca a nuestro amo Creonte para hacérselo notar; a éste, conforme se va acercando más, le llega confuso rumor de una voz quejumbrosa; gime y, entre sollozos, dice estas palabras: “Esta voz que me llega, es de mi hijo. Venga, servidores, veloces, corred, plantaros en la tumba, retirad una piedra, meteos en el túmulo por la abertura, hasta la boca misma de la cueva y atención: fijaos bien si la voz que escucho es la de Hemón o si se trata de un engaño que los dioses me envían.” Nosotros, en cumplimiento de lo que nuestro desalentado amo nos mandaba, miramos, y al fondo de la caverna, la vimos a ella colgada por el cuello, ahogada por el lazo de hilo hecho de su fino velo, y a él caído a su lado, abrazándola por la cintura, llorando la pérdida de su novia y su amor desgraciado. Cuando Creonte le ve, se acerca a él y le llama con quejidos de dolor: “Infeliz, ¿qué has hecho? ¿qué pretendes? ¿qué desgracia te ha privado de razón? Sal, hijo, sal; te lo ruego, suplicante.” Pero su hijo le miró de arriba a abajo con ojos terribles, le escupió en el rostro, sin responderle, y desenvainó su espada de doble filo. Su padre, de un salto, esquiva el golpe: él falla, vuelve su ira entonces contra sí mismo, desgraciado; como va, se inclina, rígido, sobre la espada y hasta la mitad la clava en sus costillas; aún en sus cabales, sin fuerza ya en su brazo, se abraza a la muchacha; exhala súbito golpe de sangre y deja ensangrentada la blanca mejilla de la joven; allí queda, cadáver al lado de un cadáver; que al final, desdichado, logró su boda, pero ya en el Hades: ejemplo para los mortales de hasta qué punto el peor

mal del hombre es la obstinación

Sin decir palabra, sube Eurídice las escaleras y entra en palacio.

CORIFEO: ¿Por qué tenías que contarlo todo con tanto detalle? La reina se ha marchado sin decir palabra, ni para bien ni para mal.

MENSAJERO: También yo me he extrañado, pero me alimento en la esperanza de que, habiendo oído la triste suerte de su hijo, no haya creído digno llorar ante el pueblo: allí dentro, en su casa, mandará a las esclavas que organicen el duelo en la intimidad.

CORIFEO: No sé, a mí el silencio tan prolongado, me parece en exceso peligroso, al igual que un griterío inútil

MENSAJERO: Sí, vamos, ; porque tú tal vez lleves razón: en una reacción tan silenciosa hay algo grave.

Entra en palacio. Al poco, aparece Creonte con un séquito, demudado el semblante, y llevando en brazos el cadáver de su hijo.

CREONTE: Ay de mí! vosotros que veis, en un mismo linaje, asesinos y víctimas: ¡oh, errores fatales! ¡Ay mis órdenes, qué gran error! Ay, hijo mío, en tu juventud – ay de mí y ay de mí de nuevo!– has muerto, te has marchado al Hades, por mis desatinos, que no por los tuyos.

CORIFEO: ¡Ay, que muy tarde me parece que has visto lo justo!

CREONTE: ¡Ay, mísero de mí! ¡Sí, ya he aprendido! Sobre mi cabeza un dios ahora mismo se ha dejado caer, y por caminos de violencia me ha lanzado, abatiendo con sus pies lo que era mi alegría. ¡Ay, ay! ¡Ay, esfuerzos, desgraciados de los hombres!

MENSAJERO 2: *(Sale ahora de palacio)* Señor, la que sostienes en tus brazos es pena que ya tienes, pero otra tendrás al entrar en tu casa; me parece que pronto vas a verla

CREONTE: ¿Cómo? ¿Puede haber todavía un mal peor que estos?

MENSAJERO 2: Tu mujer, la madre de este muerto, se ha suicidado: aún están recientes las heridas que se ha causado a sí misma la muy desdichada.

CREONTE: Ay, ay, *(Al mensajero)* Tú, que me has traído tan malas, penosas noticias, ¿cómo es esto que me cuentas? ¿Qué dices, qué dices de una nueva víctima ¿mi mujer yace muerta?

Unos esclavos sacan de palacio el cadáver de Eurídice.

CORIFEO: Tú mismo puedes verla, ya no es ningún secreto.

CREONTE: Ay de mí, infortunado, que veo cómo un nuevo mal viene a sumarse a éste: ¿qué destino me aguarda? Tengo ante mis ojos a mi hijo que acaba de morir, mísero de mí, y ante mí veo a otro muerto. ¡Ay, ay, lamentable suerte, ay, del hijo y de su madre!

MENSAJERO 2 : Ella, de afilado filo herida, sentada al pie del altar doméstico, ha dejado que se desate la oscuridad en sus ojos tras implorar toda suerte de desgracias para el asesino de sus hijos.

CREONTE: ¡Ay de mí ¿No viene nadie a herirme con una espada de doble filo? ¡Desdichado de mí, a qué triste desgracia estoy unido!

MENSAJERO 2-: Según esta muerte que aquí está, el culpable de una y otra muerte eras tú.

CREONTE: Y, ella, ¿de qué modo se abandonó a la muerte?

MENSAJERO 2: Ella misma, con su propia mano, se golpeó en el pecho en cuanto se enteró de la triste desgracia de su hijo.

CREONTE: ¡Ay! ¡Ay de mí! De todo, la culpa es mía y nunca podrá corresponder a ningún otro hombre. Sí, yo, yo la maté, yo, infortunada. Llevadme, servidores, lo más rápido posible, sacadme de aquí: a mí, que ya no soy nada.

CORIFEO: Esto que pides te será provechoso, si puede haber algo provechoso entre estos males. Las desgracias que uno tiene que afrontar, cuanto antes, mejor.

CREONTE: ¡Que venga, que venga, que aparezca, de entre mis días, el último, el que me lleve a mi destino final! ¡Que venga, que venga! Así no podré no ver ya un nuevo día.

CORIFEO: Esto llegará a su tiempo, pero ahora, conviene afrontar el presente: del futuro ya se cuidan los que han de cuidarse de él.

CREONTE: Todo lo que deseo está contenido en mi plegaria.

CORIFEO: Ahora no hagas plegarias. No hay hombre que pueda eludir lo que el destino le tiene fijado.

CREONTE: Hijo mío, yo sin quererlo te he matado, y a ti también, esposa mía. Todo lo que intento me sale mal y sobre mi cabeza se ha abatido un destino funesto

Sacan los esclavos a Creonte, abatido, en brazos. Queda en escena solo el coro; mientras desfila, recita el final el corifeo.

CORIFEO: Sin duda, la sensatez es la base de la felicidad. Y, en las relaciones con los dioses, no se debe cometer ni un error. Las palabras jactanciosas comportan, para los orgullosos, los mayores golpes; ellas, con la vejez, enseñan a tener prudencia.